

Alí Babá y los cuarenta ladrones En otros tiempos, y en años y días ha mucho idos, vivían en cierta ciudad de Persia dos hermanos, uno llamado Kasim y el otro Alí Babá, quienes a la muerte de su padre se dividieron con equitativo reparto la pequeña fortuna que él les había dejado, y no perdieron tiempo en derrocharla y gastarla toda. El mayor, sin embargo, tomó por esposa a la hija de un opulento mercader; así que cuando su suegro se presentó ante la misericordia de Alá todopoderoso, Kassim quedó dueño de una tienda enorme, repleta de excepcionales bienes y costosas mercancías, y de un almacén provisto de objetos preciosos, así como de mucho oro enterrado. Por ello, en toda la ciudad se le terminó por conocer como hombre importante. En cambio, la mujer con que Alí Babá se casó era pobre; vivían en una casucha miserable y Alí Babá se ganaba a duras penas la vida vendiendo la leña que

a diario recogía en la selva y que conducía por la ciudad hasta el bazar en sus tres burros. Un día sucedió que cuando Alí Babá ya había cortado suficientes ramas muertas y leña seca, y puesto la carga sobre sus bestias, de pronto vio a su derecha una nube de polvo que se alzaba en espiral hasta el cielo y marchaba velozmente hacia él. Cuando la miró con atención, divisó un tropel de jinetes que avanzaban a todo galope y estaban a punto de llegar a donde él. Ante esa vista, Alí Babá se alarmó en extremo y, temiendo que aquélla fuera una pandilla de bandoleros que lo matarían y arrearían con sus borricos, echó a correr asustado; pero como ya estaban muy cerca y él no podía huir del bosque, condujo a sus animales, cargados de leña, a un camino entre los arbustos y subió al grueso tronco de un árbol inmenso para ocultarse ahí; y se sentó en una rama desde la que



podía divisar todo a sus pies sin que nadie, abajo, pudiera verlo; aquel árbol crecía junto a una roca que se elevaba más allá de cualquier cabeza. Los jinetes, jóvenes, activos y valientes, se aproximaron hasta la pared de la roca y desmontaron, gracias a lo cual Alí Babá pudo verlos bien y pronto se convenció por completo, a causa de su semblante y conducta, de que integraban una compañía de salteadores de caminos que, habiendo caído sobre una caravana, la habían despojado y desprovisto de su botín y llevaban su pillaje a ese lugar, con intención de ocultarlo y ponerlo a salvo en un escondite. Observó además que eran cuarenta en número.

Alí Babá vio que, en cuanto llegaron bajo el árbol, cada uno de los ladrones soltó el freno a su caballo y le ató las patas delanteras. Después todos retiraron sus alforjas llenas de oro y plata. El hombre que parecía el capitán avanzó entonces, carga

al hombro, entre espinas y matorrales, hasta llegar a cierto sitio, donde pronunció estas extrañas palabras: "¡Ábrete, sésamo!". Al instante en la pared de la roca apareció una ancha puerta. Los ladrones entraron, con su jefe al final, y después el portal se cerró. Permanecieron dentro de la cueva mucho tiempo, y, entre tanto, Alí Babá tuvo que esperar subido en el árbol, pensando que, si bajaba, la pandilla podía salir en ese momento, y prenderlo y matarlo. Cuando por fin determinó montar uno de los caballos y volver con sus burros a la ciudad, el portal se empezó a abrir. El jefe de los ladrones fue el primero en aparecer; y luego, de pie en la entrada, vio y contó a sus hombres al salir, tras de lo cual dijo las palabras mágicas, "¡Ciérrate, sésamo!", y la puerta se cerró. Habiendo pasado todos la inspección, cada uno fijó sus alforjas y embridó su caballo, y en cuanto estuvieron

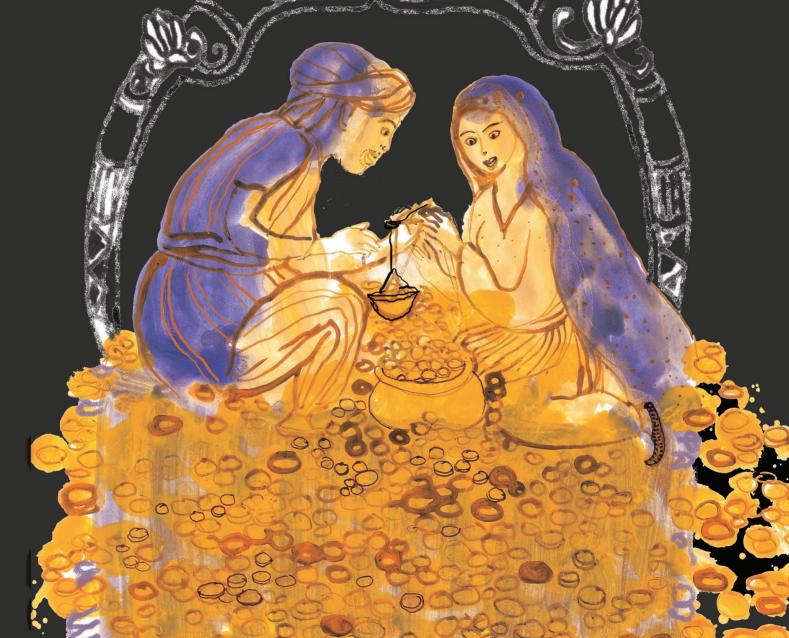
listos se marcharon, dirigidos por su jefe, por la misma dirección por la que habían llegado. Alí Babá permaneció en el árbol mientras los veía partir, y no descendió hasta que los perdió de vista, no fuera a ser que, por ventura, uno de ellos regresara y mirara alrededor y lo divisara. Pensó entonces para sus adentros: "Yo también probaré la virtud de esas palabras mágicas, y veré si la puerta abre y cierra a mi deseo". Por tanto, dijo con fuerte voz: "¡Ábrete, sésamo!". No había acabado de decirlo cuando el portal se abrió de golpe, y él entró. Alí Babá vio entonces una caverna inmensa y una cámara abovedada, de altura semejante a la de un hombre adulto, tallada en piedra viva e iluminada por la luz que cruzaba los respiraderos y aberturas en la cara superior de la roca, la cual formaba el techo.

Había esperado no hallar sino penumbra en la guarida de los ladrones, de modo que le sorprendió ver que la sala entera rebosaba de paquetes de todo tipo de cosas. Estaba cubierta de suelo a techo con cargas de sedas y brocados y telas bordadas y montones de alfombras de colores diversos, aparte de lo cual atisbó monedas de oro y plata sin cuenta ni medida, apiladas algunas en el piso y otras metidas en bolsas y sacos de cuero. Al ver tal abundancia de bienes y monedas, Alí Babá determinó en su mente que, no durante apenas unos años, sino a lo largo de muchas generaciones, esos ladrones habían almacenado sus ganancias y trofeos en ese lugar. Cuando entró a la cueva, la puerta se había cerrado a sus espaldas, pero él no se había desanimado, pues había guardado en su memoria las palabras mágicas; y no prestó atención a los objetos preciosos que lo rodeaban, sino que se aplicó única y exclusivamente a los sacos de ashrafis. Tomó de ellos tantos

como juzgó peso adecuado para las bestias, luego los cargó sobre sus animales y cubrió su botín con varas y madera, para que nadie discerniera las bolsas, sino pensara que llevaba a casa su mercancía habitual. Al final exclamó: "¡Ciérrate, sésamo!", y al punto la puerta se cerró, porque el conjuro operaba de tal forma que cada vez que alguien entraba a la cueva, su portal se cerraba tras él; y, al salir, el mismo no se volvía a abrir ni cerrar hasta que se hubieran pronunciado las palabras "¡Ciérrate, sésamo!" En cuanto cargó sus burros, Alí Babá los condujo a toda prisa frente a él hasta la ciudad, y al llegar a su casa los metió al patio; cerró la puerta exterior, bajó primero las varas y luego las bolsas de oro, que llevó a su mujer. Ella las registró, y al descubrirlas llenas de monedas, sospechó que Alí Babá había robado, y se puso a reprenderlo y culparlo por hacer algo tan reprobable.







Alí Babá explicó a su esposa: "No soy ladrón; más bien, alégrate conmigo, por nuestra buena suerte". A continuación le contó su aventura, y se puso a vaciar el oro en montones frente a ella, y a ella le deslumbró tanto fulgor y su corazón se deleitó con el relato y aventuras de su marido. Luego, la esposa se puso a contar el oro, por lo que Alí Babá le dijo: "¡Ay, necia mujer! ¿Cuánto tiempo más les seguirás dando vueltas a las monedas? Déjame cavar un agujero en que esconder ese teso-

ro, para que nadie sepa este secreto". Ella contestó: "¡Tienes razón! De todas formas, pesaré el dinero, para tener una idea de su cantidad"; y él dijo: "Como quieras, pero cuida de no decírselo a nadie". Así pues, ella corrió a casa de Kasim, para pedir prestada una pesa y balanza con que pesar los ashrafis y hacer un cálculo de su valor; y al no encontrar a Kasim, dijo a su esposa: "Te ruego que me prestes tu balanza un momento". Su cuñada contestó: "¿Necesitas la grande o la pequeña?", y la otra respondió: "No necesito la grande, dame la pequeña", a lo que la cuñada repuso: "Quédate aquí un momento mientras busco lo que deseas". Con este pretexto se retiró la esposa de Kasim, y, en secreto, untó cera y sebo en el platillo de la balanza, para que pudiera saber qué pesaría la esposa de Alí Babá, segura de que, fuera lo que fuese, algo de ello se pegaría en la cera y la

grasa. De este modo, la mujer aprovechó la ocasión para satisfacer su curiosidad, y, sin sospechar nada, la esposa de Alí Babá llevó a casa la balanza y se puso a pesar el oro mientras Alí Babá no cesaba de cavar; y una vez pesado el dinero, los dos lo ocultaron en el hoyo, que rellenaron cuidadosamente con tierra. Luego, la buena esposa devolvió la balanza a su parienta, sin saber que un ashrafi se había adherido a la concha del instrumento; pero cuando la esposa de Kasim vio la moneda de oro, rabió de cólera y envidia y se dijo: "¡Conque ésas tenemos! ¿Me pidieron prestada mi balanza para pesar ashrafis?", y se extrañó enormemente de en dónde un hombre tan pobre como Alí Babá habría podido conseguir tal provisión de riqueza como para verse obligado a pesarla con balanza. Tras mucho ponderar el asunto, cuando su esposo volvió a casa bajo el manto de la

noche, ella le dijo: "¡Ea, hombre! Te consideras criatura rica e importante, pero he aquí que tu hermano Alí Babá es un emir a tu lado, y mucho más rico que tú. Tiene tantos montones de oro que debe pesar su dinero con balanza, mientras que tú, ¡vaya!, te contentas con contar tus monedas". "¿De dónde sabes eso?", preguntó Kasim, y su esposa le contó en respuesta todo lo relativo a la balanza y que había encontrado un ashrafi pegado en ella, y le mostró la moneda de oro, que ostentaba la marca y leyenda de un rey antiguo. Kasim no pudo dormir toda la noche, de envidia y celos y codicia; a la mañana siguiente se levantó temprano y fue con Alí Babá y le dijo: "¡Oh, hermano mío! En apariencia tú eres pobre y menesteroso, pero en realidad tienes una provisión de riqueza tan abundante que por fuerza debes pesar tu oro con balanza". Dijo Alí Babá: "¿Qué

